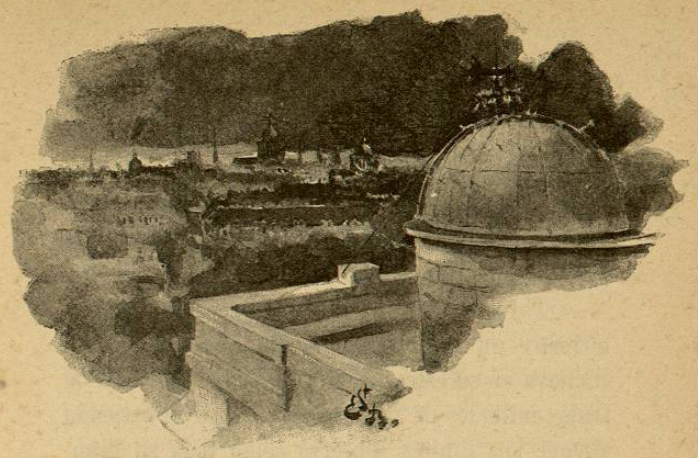


II

Entonces vi la Tierra que caía en las anchurosas profundidades de la inmensidad; las cúpulas del Observatorio y París iluminado, bajaban rápidamente; á la vez que yo me sentía inmóvil, experimenté una impresión análoga á la que se siente en globo, cuando al elevarse en los aires, se ve que la Tierra desciende. Subí y subí mucho tiempo, arrebatado por mágico impulso hacia el zenit. Urania estaba junto á mí, algo más elevada, mirándome con dulzura y señalándome los pueblos que quedaban á nuestros pies. El día nos alumbraba de nuevo y pude reconocer la Francia, el Rhin, Alemania, Austria, Italia, el Mediterráneo, España, el Océano Atlántico, la Mancha, Inglaterra; pero esta geografía liliputiense se hacía más pequeña con

gran rapidez. No tardó el globo terrestre en reducirse á las dimensiones aparentes de la luna en su cuarto menguante, y luego al de una diminuta luna llena.

— Ahí tienes, me dijo la Musa, ese famoso globo terrestre en que se agitan tantas pasiones, y que encierra en su estrecho círculo el pensamiento de tantos millones de seres cuya vista no se extiende allende sus límites. Observa cómo toda su grandeza aparente disminuye á medida que se ensancha nuestro horizonte. Ya no distinguimos á Europa de Asia. Hé aquí el Canadá y la América del Norte. ¡Cuán minúsculo es todo eso!

Al pasar cerca de la Luna, había observado los paisajes montañosos de nuestro satélite, las cimas radiantes de luz, los profundos valles llenos de sombra, y hubiese querido detenerme allí para estudiar esa morada cercana á la nuestra; pero Urania no se dignó ni siquiera mirarla, y me arrastró con rápido vuelo hacia las regiones siderales.

Seguíamos subiendo. La Tierra, que disminuía cada vez más á medida que nos alejábamos de ella, llegó á verse reducida al aspecto de una simple estrella, que brillaba por efecto de la iluminación solar en el seno de la vacía y negra inmensidad. Nos dirigíamos hacia el Sol, que resplandecía en el

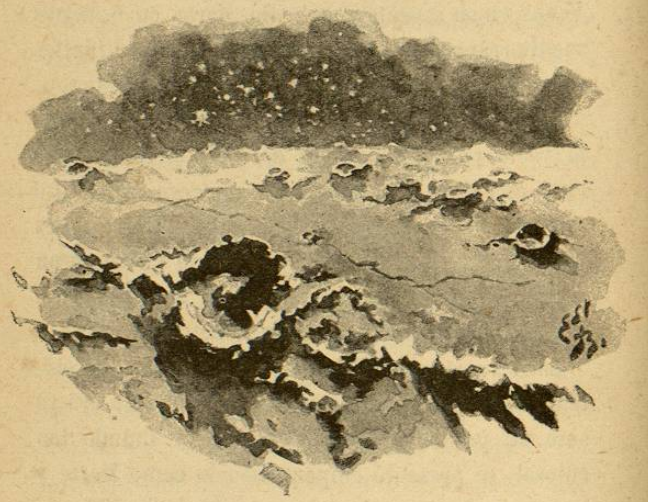
espacio sin alumbrar, y al mismo tiempo que este astro, veíamos las estrellas y los planetas, que su luz no eclipsaba ahora, porque no podía iluminar el éter invisible. La angélica diosa me señaló Mercurio, en las cercanías del Sol, Venus, que brillaba por la parte opuesta, la Tierra, igual á Venus en su aspecto y su brillo, Marte, cuyos mares mediterráneos y cuyos canales reconocí, Júpiter con sus cuatro lunas enormes, Saturno, Urano. « Todos estos mundos, me dijo, están sostenidos en el vacío por la atracción del Sol, alrededor del cual circulan velozmente. Es un coro armonioso que gravita en torno del centro. La Tierra no es más que una isla flotante, un caserío de esta gran patria solar, y este imperio no es á su vez sino una provincia en el seno de la inmensidad astral. »

Cada vez nos elevábamos más. El sol y su sistema se alejaban rápidamente; la Tierra no era ya sino un punto, y hasta Júpiter, este mundo tan colosal, se presentó empequeñecido como Marte y Venus, reduciéndose á un punto insignificante, superior apenas al de la Tierra.

Pasamos á la vista de Saturno, ceñido por sus gigantescos anillos, y cuyo testimonio bastaría por sí solo para probar la inmensa é inimaginable variedad que reina en el universo. Saturno, con sus anillos formados de corpúsculos arrastrados

en una rotación vertiginosa, y con sus ocho satélites, que lo acompañan como un celeste cortejo, es por sí todo un sistema.

Á medida que íbamos subiendo, nuestro sol disminuía de magnitud. Pronto quedó reducido á la



categoría de estrella, para perder luego toda majestad, toda superioridad respecto de la población sideral, y quedarse reducido á un punto, apenas más brillante que los otros. Yo contemplaba esta inmensidad estrellada en cuyo seno nos elevábamos constantemente, y procuré reconocer

las constelaciones ; pero éstas empezaban á cambiar de formas, por causa de la diferencia de perspectiva debida á nuestro viaje. Parecióme que nuestro sol, reducido según he dicho á una estrella diminuta, se reunió con la constelación

del Centauro, mientras que una nueva luz, pálida, azulada, bastante singular, venía de la región hacia que Urania me arrastraba. Esta claridad no tenía nada de terrestre, y no me recordaba ninguno de los efectos que había admirado en los paisajes de la Tierra, ni en los tonos tan mudables de los

crepúsculos después de la tempestad, ni en las brumas indecisas de la mañana, ni durante las horas tranquilas y silenciosas pasadas contemplando la reverberación de la luna en el mar. Sin embargo, este efecto último es el que se le parecía más tal vez; la nueva luz iba aumentando constantemente de tono, no sólo por un reflejo celeste ó por un contraste análogo al que produce una lámpara eléctrica cuando se la compara con un mechero de gas, sino porque su color era real y verdaderamente azul, como si éste fuera el del sol de que procedía.

¡Cuál no sería mi sorpresa al notar que, en efecto, nos acercábamos á un sol absolutamente azul, parecido á un disco brillante que hubiese sido recortado en uno de nuestros días más hermosos, y que se destacaba luminosamente sobre un fondo negro, sembrado de estrellas! Este sol zafiro era el centro de un sistema de planetas iluminados por su luz. Íbamos á pasar al lado de uno de estos planetas. El sol azul crecía y crecía por instantes; pero, y esta novedad me extrañó tanto como la primera, la luz que iluminaba á aquel planeta parecía tomar en ciertas partes tonos verdes. Miré de nuevo al cielo y distinguí otro sol, de hermoso color verde de esmeralda. No podía creer á mis ojos.

— Atravesamos, en este momento, me dijo Urania, el sistema solar de Gamma de Andrómeda, del cual

no ves todavía más que una parte, pues en realidad se compone, no de dos soles, sino de tres, uno azul, otro verde y el tercero amarillo anaranjado. El sol azul, que es el más pequeño, gira alrededor del verde, y éste gravita con su compañero en torno del gran sol anaranjado que vas á ver dentro de un instante.

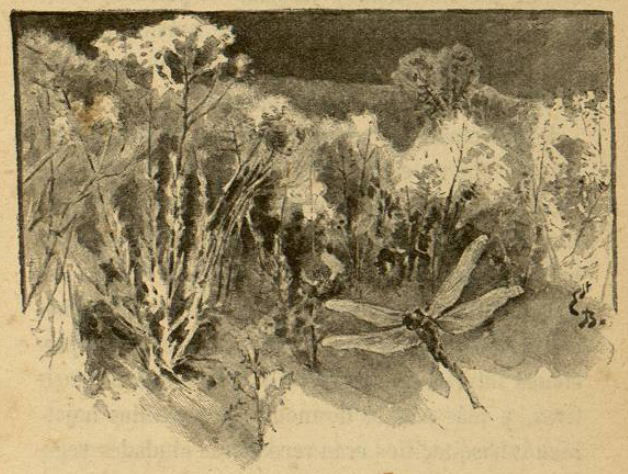
En efecto, casi inmediatamente vi surgir otro sol, del mencionado vivísimo color, cuyo contraste con sus dos compañeros daba origen á la más extraña de las luces. Yo conocía ese curioso sistema sideral, por haberlo observado muchas veces con el telescopio; pero nunca había podido imaginarme su real esplendor. ¡Qué focos de calor, qué raudales de luz! ¡Qué vivacidad de colores en aquel extraño manantial de luz azul, en aquella iluminación verde del segundo sol, y en las radiaciones de oro nativo del tercero!

Pero, según ya he dicho, nos habíamos acercado á uno de los mundos pertenecientes al sistema del sol zafiro. Paisajes, aguas, plantas, rocas, todo era azul allí; sin embargo, por la parte que alumbraba el segundo sol las cosas tomaban tonos verdosos, y los rayos del sol anaranjado, que aparecía en el horizonte, tocaban apenas los objetos con su luz. Á medida que penetrábamos en la atmósfera de este mundo, se elevaba en los aires

una música suave y deliciosa, parecida á un perfume y un ensueño. Yo no había oido nunca nada

semejante. La dulce melodía, profunda, lejana, parecia proceder de un coro de arpas y de violines, sostenido por un acompañamiento de

órganos. Era un himno exquisito, que desde el primer instante encantaba, que no se necesitaba analizar para comprenderlo, y que llenaba de deleite el alma. Sin dificultad habría estado oyéndolo una eternidad, y ni siquiera me atrevía



á hablar á la Musa, por miedo á perder una simple nota. Urania lo notó, y extendiendo la mano hacia un lago, me señaló con el dedo un grupo de seres alados que se cernían sobre las azules aguas.

No tenían la forma humana terrestre, y estaban evidentemente organizados para vivir en el aire. Parecían tejidos de luz. De lejos me parecieron

libélulas [1], cuyas esbeltas y elegantes formas revestían; pero examinándolos desde más cerca, observé su tamaño, que no era inferior al nuestro, y reconocí en la expresión de su mirada que no eran animales. Sus cabezas se parecían también á las de las libélulas, y carecían de piernas, como estos seres aéreos. La deliciosa música que yo escuchaba no era más que el ruido de su vuelo. Había muchos, varios miles quizás.

En las cimas de las montañas se divisaban unas plantas que no eran ni árboles ni flores, que elevaban delicados tallos á enormes alturas, y estos tallos al ramificarse sostenían, como tendiendo los brazos, anchas copas de forma de tulipanes. Aquellas plantas estaban animadas; por lo menos manifestaban con distintos movimientos sus impresiones interiores, según lo hacen nuestras sensitivas, y más aún la desmodia de movibles hojas. Dichos bosquecillos eran verdaderas ciudades vegetales. Los habitantes de aquel mundo no poseían otras moradas, y cuando no flotaban en los aires, descansaban en aquellas perfumadas sensitivas.

— Este mundo te parece fantástico, me dijo Urania, y te preguntas sin duda qué ideas pueden tener esos seres, qué costumbres, qué historia, qué especies de artes, de literatura y de ciencias. Sería demasiado largo contestar á todas las preguntas que podrías hacer. Conténtate con saber que sus ojos son superiores á vuestros telescopios más potentes, que su sistema nervioso vibra cuando pasa un cometa y descubre eléctricamente hechos que vosotros no conoceréis nunca en la Tierra. Los órganos que ves debajo de las alas, les sirven de manos, más hábiles que las vuestras. Como imprenta, tienen la fotografía directa de los acontecimientos y fijan fonéticamente las palabras mismas. Por lo demás, no se ocupan sino en investigaciones científicas, esto es, en el estudio de la naturaleza. Las tres pasiones que absorben la mayor parte de la vida terrestre, el ardiente deseo de fortuna, la ambición política y el amor, les son desconocidas, porque no necesitan nada para vivir, porque aquí no existen las divisiones internacionales, ni hay más gobierno que un consejo de administración, y porque son andróginos.

— ¡Andróginos! repliqué, atreviéndome á añadir: ¿acaso es esto preferible?

— Es *otra cosa;* son grandes perturbaciones de menos en una humanidad.

Hay que desprenderse enteramente, siguió diciendo la Musa, de las sensaciones y de las ideas

1. No sé por qué llamamos también en español caballito del diablo á este poético insecto.

terrestres para poder comprender la diversidad infinita que se manifiesta en las diferentes formas de la creación. Así como en

vuestro planeta han cambiado las especies de edad en edad, desde los seres tan extraños de las primeras épocas geológicas hasta la aparición de la humanidad; así como aun hoy la población animal y vegetal de la Tierra se compone de las formas más variadas, desde el hombre hasta el coral, desde el ave hasta el pez,

desde el elefante hasta la mariposa; así las fuerzas de la naturaleza han producido en las innumerables tierras del cielo una variedad infinita de seres y de cosas, en grado infinitamente más amplio. La forma de los seres es en cada mundo el resultado de los elementos especiales á cada globo, substancias, calor, luz, electri-

cidad, densidad, gravedad.

Las formas, los órganos, el número de los sentidos — vosotros no tenéis más que cinco bastante pobres por cierto — dependen de las condiciones vitales de cada esfera. La vida es terrestre en la

Tierra, marciana en Marte, saturniana en Saturno, neptuniana en Neptuno, esto es, apropiada á cada uno de dichos centros, ó para hablar con mayor precisión todavía, cada mundo la produce y la desarrolla según su estado orgánico y una ley primordial á la cual obedece la naturaleza entera: la ley del progreso.

Mientras Urania me hablaba, seguía yo con la mirada el vuelo de los seres aéreos hacia la ciudad florida, notando con estupefacción que las plantas se movían, ya elevándose, ya bajándose para recibirlos; el sol verde estaba ya en su ocaso y el anaranjado ascendía hacia el zenit; el color del paisaje era digno de un cuento de hadas, y en el cielo se cernía una luna enorme, anaranjanda en una mitad y verde en otra. Entonces la inmensa melodía que llenaba la atmósfera cesó y en medio de silencio profundo oí un cantico producido por una voz tan pura, que ninguna de la Tierra podía serle comparada.

— ¡Qué sistema tan maravilloso, exclamé, un mundo alumbrado por tales luminares! Estas son, pues, las estrellas dobles, triples y múltiples, vistas de cerca.

— ¡Estas estrellas, contestó la Musa, son en verdad soles espléndidos! Asociadas gallardamente por los lazos de una atracción mutua, las veis

desde la Tierra mecidas dos á dos en el seno de los cielos, siempre bellas, siempre puras y luminosas. Suspendidas en lo infinito, apóyanse una en otra sin tocarse nunca, como si su unión, más bien moral que material, estuviera regida por un principio invisible y superior; cada cual gravita cadenciosamente en torno de su compañera, siguiendo curvas armoniosas, como esposos celestes que nacieran en la primavera de la creación en los campos estrellados de la inmensidad. Al paso que los soles simples como el vuestro brillan solitarios, fijos, tranquilos, en los desiertos del espacio, los soles dobles y múltiples parecen animar con sus movimientos, su color y su vida las regiones silenciosas del vacío eterno. Estos relojes siderales marcan para vosotros los siglos y las eras de los restantes universos.

Pero continuemos nuestro viaje, acabó diciendo, pues no estamos sino á unos cuantos trillones de leguas de la Tierra.

— ¿Á unos cuantos *trillones?*

— Efectivamente. Si pudierau llegar hasta nosotros los ruídos de vuestro planeta, sus volcanes, sus cañoneos, sus truenos, las vociferaciones de las grandes multitudes en los días de revolución, ó los piadosos cánticos que desde las Iglesias se elevan hasta el Cielo, tardaríamos quince millo-

nes de años en oirlos, aun admitiendo que esta enorme distancia pudiera ser atravesada por esos ruidos con la velocidad del sonido en el aire. Á estas horas oiríamos lo que ocurría en la Tierra hace quince millones de años.

Sin embargo, dada la inmensidad del universo, estamos muy cerca de tu patria.

Aun puedes ver allá abajo vuestro sol, una diminuta estrella. Todavía no hemos salido del universo á que él y su sistema de planetas pertenecen.

Este universo se compone de varios miles de millones de soles, separados unos de otros por trillones de leguas.

Su extensión es tan grande que un relámpago, cuya velocidad es de trescientos mil kilómetros por segundo, tardaría quince mil años en atravesarlo.

Y por todos lados, por todas partes, dondequiera que dirigimos nuestras miradas, se ven soles y más soles; por todas partes descubrimos focos de luz, de calor y de vida, manantiales de inagotable variedad, astros de todos los brillos, de todas las magnitudes, de todas las edades, sostenidos en el vacío eterno, en el éter luminífero, por la atracción mutua de todos y por el movimiento de cada uno de ellos. Las estrellas, soles enormes, giran sobre sí mismas como esferas de fuego y marchan

hacia un punto. Vuestro sol se dirige y os lleva hacia la constelación de Hércules; éste cuyo sistema acabamos de atravesar, se encamina hacia el sur de las Pléyades. Sirio se precipita hacia la Paloma, Pólux en dirección de la vía láctea, y todos esos millones, todos esos miles de millones de soles corren á través de la inmensidad con velocidades que se elevan á dos, tres y cuatrocientos mil metros por segundo. El Movimiento sostiene el equilibrio del universo, y constituye su organización, su energía y su vida.